



PLÁTICA VIII.

SOBRE LA PASION, MUERTE
Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

Despues que el Verbo eterno humanado vivió y conversó con los hombres por espacio de treinta y tres años, dándoles saludables documentos, instruyéndolos en una doctrina toda celestial, y manifestándoles su divinidad con evidentes milagros, se entregó voluntariamente al poder de las tinieblas, al furor de sus enemigos, y á la justicia de su Eterno Padre, que lo habia enviado al mundo á redimir al hombre con el precio infinito de su sangre. Venido el tiempo anunciado por los profetas, su pueblo mismo, favorecido sobre todos los de la tierra, sus hermanos segun la carne,

los sabios de la ley, los pontífices y fariseos le trazaron la muerte, acusándolo calumniosamente ante el tribunal de Poncio Pilato, juez de la Judéa por el pueblo romano. Este injusto magistrado, aunque reconoció la inocencia de Jesucristo, y que solo era entregado por envidia, protestando no hallar en él causa alguna, despues de haberle aplicado la flagelacion, pena propia de los esclavos, lo condenó al fin por miedo de desagradar á los grandes, á la muerte ignominiosa de cruz.

En este artículo debemos creer principalmente tres cosas. La primera, que efectivamente padeció gravísimas injurias y tormentos, y que murió en realidad. La segunda, que murió por salvarnos y abrirnos las puertas del cielo. La tercera, que fue sepultado y descendió á los infiernos. Toda esta terrible escena y pérfido deicidio fue anunciado por el Salvador á sus discípulos. Pocos

días antes de su pasión les dice: *hè aqui vamos á Jerusalem, donde el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, que lo condenarán á muerte, y lo entregarán á los gentiles, para que le abofeteen, azo-ten y crucifiquen.*

Esta aversion á Jesucristo de los judíos de su tiempo, este conato de injuriarle, cubrirle de ignominia y darle muerte afrentosa, todo ello estaba anunciado muchos siglos antes por los profetas. El Espíritu Santo en el libro de la Sabiduria introduce á estos malvados é ingratos, meditando y escrutando el mas abominable conciliábulo contra el justo por esencia: tomemos pues, dixeron, tomemos en medio al justo, por quanto nos es inútil y contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados de la ley, y disfama contra nosotros las faltas de nuestra conducta. Protesta que él

tiene la ciencia de Dios, y se nombra Hijo de Dios. Se nos ha hecho censor de nuestros pensamientos. Nos es gravosa su vista.... Somos tenidos por él como gente vana, y se abstiene de nuestras costumbres como de inmundicias.... gloriándose que tiene á Dios por Padre. Veamos pues si son verdaderas sus palabras.... porque si es verdadero Hijo de Dios, lo protegerá y librárá de las manos de sus contrarios. Probémoslo con injurias y tormentos.... para conocer su paciencia; condenémosle al fin á muerte ignominiosa. Asi lo pensaron por error, porque los tenia ciegos su malicia.

¿No son estas, os ruego, las voces injuriosas que resonaron en el Calvario, segun los evangelistas, al tiempo de la crucifixion de Jesucristo? Sálvate á ti mismo, decian unos: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Del mismo modo blasfemaban los príncipes de los sa-

cerdotes, con los escribas y fariseos. A otros salvó, decian, y no puede salvarse á sí mismo. Si es Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creerémos en él. Confió en Dios, líbrelo ahora, si lo quiere, pues dixo: Hijo soy de Dios. ¿Qué podrá el juicio incrédulo reponer á unos oráculos tan expresos, confirmados en tiempo con los hechos? ¿Pero qué digo, si toda la vida, pasion y muerte del Salvador, con el tiempo y circunstancias que debian ocurrir, estaban ya anunciadas por los profetas, para que en ninguna época pudiera negarse la fe á la narracion de los evangelistas? Estos afirman que Jesucristo fue crucificado, horadadas sus manos y sus pies con clavos; que dividieron y sortearon sus vestiduras; que no quebrantaron sus huesos como á los dos ladrones, por estar ya muerto. Es necesario ser peregrino en las profecías, para no ver en ellas anunciadas estas

circunstancias. La muerte turpísima que se proponian los judíos, segun el Autor de la Sabiduria, dar á Jesucristo, era en aquel tiempo la de cruz, que llevaba consigo, segun la opinion comun, la maldicion del reo, como testifica S. Pablo, conforme al oráculo del capítulo 21 del Deuteronomio, que llama maldito al que pende en el leño: *maledictus à Deo est, qui pendet in ligno*. El real Profeta, trasladado en espíritu al momento de la crucifixion del Mesías, lo introduce clamando al Padre celestial: yo soy en la hora un gusano, y no hombre; oprobrio de los hombres, é irrision de la plebe: todos los que me ven se burlan de mí... Han horadado mis pies y mis manos; han numerado todos mis huesos; han dividido y sorteado mis vestiduras... ¿No es esto lo mismo que nos refieren los evangelistas en la muerte de Cristo? Por lo que hace á no

haberle quebrado las piernas al Cordero de Dios, que pendia en la cruz, estaba ya prevenido en el Éxodo, que no se quebrantase hueso alguno del cordero pascual, figura de Jesucristo.

En órden al fin de su muerte, á la cual se ofreció por su voluntad en el tiempo prescrito por su Padre, ya os he dicho arriba que fue para redimirnos del pecado, borrar con su sangre el decreto de nuestra condenacion, y abrirnos las puertas del cielo, cerradas hasta alli por la culpa. Asi nos lo enseña la Iglesia, y entre otros nos lo anunció expresamente el santo profeta Isaías: "Sí, decia, nosotros hemos visto el brazo del Señor; y subirá como renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca. No hay belleza en él, ni hermosura; le vimos, y no tenia figura, de suerte que le desconocimos; despreciado, y el postrero de los hombres, varon de dolores, y que conoce el padecer, y

como escondido su rostro y desechado, por lo que no hicimos aprecio de él. Tomó en verdad sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores, y nosotros le reputamos como leproso, herido por Dios y humillado. Mas él fue llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados; el castigo que debia procurarnos la paz recayó sobre él, y con su sangre fuimos sanados."

Hé aquí, señores, á Jesucristo puesto en la cruz por salvarnos. Hé aquí el estandarte de nuestra libertad. Hé aquí lo que figuraba la serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto para que sanasen los que habian sido mordidos por las serpientes venenosas. No es esta una exposicion voluntaria, hija de mi capricho. El mismo Salvador lo expuso asi á Nicodemus. Como Moisés, le dixo, levantó la serpiente en el desierto, asi conviene sea exál-

tado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él (con fe viva) no perezca, sino que alcance la vida eterna; pues luego que yo sea exáltado sobre la tierra, traeré á mí todas las cosas. Hé aqui en fin á Jesucristo triunfando por su muerte de todos sus enemigos, vengada la gloria del Padre, redimido el linage humano, y borrado el decreto de nuestra condenacion.

Con el motivo de la fiesta de pascua, habia venido á Jerusalén un senador rico de la ciudad de Arimatea, llamado Josef. Éste pidió á Pilatos el cuerpo sagrado de Jesus para darle sepultura, porque iba ya á empezar la solemnidad del sábado. Informado Pilatos que estaba muerto, lo concedió. Nicodemus, discípulo oculto, le acompañó. Dióle cien libras de mirra y de aloes para embalsamar el cuerpo, y lo enterró en un sepulcro nuevo, cerca del lugar donde habia sido crucifi-

cado, y poniendo una gran piedra sobre la entrada del monumento, se retiró.

La muerte pues y sepultura de Jesucristo fue verdadera, y no fantástica, como soñaron algunos hereges, cuyo error grosero condenó al punto la Iglesia. Hubo por consiguiente real y verdadera separacion de alma y cuerpo, en la cual consiste la muerte. Pero notad lo que la fe nos enseña acerca de la de Jesucristo. Como lo que el Verbo divino una vez tomó jamas lo dexó, y se unió hipostáticamente al cuerpo y alma del Hombre Dios, la divinidad jamas se apartó del cuerpo ni del alma. Al cuerpo permaneció unida en el sepulcro, y con el alma descendió á los infiernos, segun la expresion del símbolo.

Avivad aquí vuestra fe para entender y reverenciar la expresion del símbolo: que Jesucristo descendió á los infiernos.

No contento ni satisfecho el amor de Jesucristo con haber amado á los hombres hasta morir por ellos, quiso amarlos hasta el fin. Habiendo ya remediado á los que acá quedaban con el precio infinito de su sangre, trató de remediar algunos de los que habian ya pasado de esta vida, y estaban encarcelados en una prision, de donde no podian salir sino por medio de la pasion y muerte del Mesías, en fuerza de los eternos decretos. Inmediatamente pues que espiró sobre la cruz, baxó su santísima alma, acompañada de la divinidad, á los infiernos. Tres lugares de aficcion y subterráneos pueden entenderse por la expresion *infiernos*. El mas profundo, y donde no hay redencion, es el de los condenados; esto es, de los que mueren en culpa mortal. El segundo infierno, menos profundo, pero muy terrible, es el lugar donde van las almas de los que mueren en gracia

de Dios, pero sin haber expiado en vida las culpas veniales, ó el reato de pena temporal que corresponde á cada culpa, aun perdonada la eterna por el sacramento de la reconciliacion; cuyo infierno ó receptáculo se llama purgatorio, de cuya cárcel no pueden salir sin haber antes satisfecho hasta el último cuadrante, ó por medio de su padecer ó de nuestros sufragios, conforme al espíritu de la Iglesia.

El tercer infierno, y mas próximo al parecer á la superficie de la tierra, es el que se llamaba limbo de los padres. En él estuvieron detenidos los patriarcas, los profetas y demas justos de la ley natural y escrita, que habian muerto en gracia y amistad de Dios, sin mancha ni reato alguno que purificar, y las almas que habian ya expiado sus fragilidades y penas temporales en el purgatorio. Todos estos justos esperaban con ansia la

venida del Mesías y la redención de Israel, para gozar la corona que les estaba prometida. A este señó baxó Jesucristo; esto es, su alma juntamente con la divinidad, que le estaba íntimamente unida, para consolar á estos justos y hacerlos participantes del reino inmortal que les habia reconquistado con el precio infinito de su sangre.

Prescindo por ahora del limbo de los niños que mueren sin bautismo y sin pecado personal ó actual, por no haber llegado al uso de la razon, sobre cuya existencia varían los doctores de la Iglesia. Ésta no ha hablado aún sobre la materia, y cuando se trata de dogmas de fe, es importuno y arriesgado mezclar cosas opinables. Por lo que hace al infierno de los condenados, donde no hay ni habrá redención, no descendió Cristo en persona, sino en virtud y terrible efecto, reprendiendo la soberbia de los demonios, la

incredulidad de los infieles y la malicia de los fieles, que habian muerto en culpa mortal, abusando de los remedios que les habia dado para salvarse. Al purgatorio aunque no descendió en persona Jesucristo, llegó á lo menos en su virtud y efectos, dándoles la consolacion, que cuando estuviesen del todo purificadas las almas de sus tachas y reato, tenían ya las puertas del cielo expeditas para gozar de Dios eternamente. Mas aunque algunos doctores dicen, que en este día de su triunfo sacó el Salvador algunas almas del purgatorio, no es de fe, y solo puede pensarse piadosamente. Mientras el alma de Cristo descendió en el modo dicho á los infiernos, el cuerpo sacrosanto permaneció unido á la divinidad en el sepulcro hasta el tiempo prefinido de su resurreccion, anunciada por los profetas y por el mismo Jesucristo. Pero de esto en la